

El corazón del

CONDE DE MONTIJO

Una página más para la historia de Peñaranda al comprobar la existencia en su Iglesia Colegial del corazón de un personaje tan ilustre como lo fue el padre de la Emperatriz Eugenia, esposa de Napoleón III.

Registra la Casa de Montijo el nombre de Cipriano Portocarrero y Palafox, casado con Doña María Manuela Kirkpatrick, de cuyo matrimonio heredaron sus dos hijas los títulos, señoríos y honores de sus ascendientes, remontados a los tiempos de Don Jaime I, *el Conquistador*, enlazando después el nombre limpio de *Portocarrero*, con el no menos ilustre de los *Guzmanes*. La hija mayor, María Francisca de Sales Portocarrero Palafox y Kirkpatrick, ostenta los títulos de Condesa de Montijo, de Miranda de Castañar, de Fuentedueña, de Casarrubias, del Monte y San Esteban de Gormaz; marquesa de Valderrábanos, de Villanueva del Fresno, de Barcarrota, de la Algaba, de la Bañeza, de Mirallo y de Valdejunquillo; duquesa de Peñaranda y vizcondesa de Palacios de la Valduerna; dos veces grande de España; y la segunda hija del conde, Eugenia de Guzmán Portocarrero Palafox y Kirkpatrick, graba en su escudo los de condesa de Teba, de Mora, de Baños, de Ablitas y de Santa Cruz de la Sierra; marquesa de Ardales, de Moya y de Osera; vizcondesa de la Calzada y dos veces grande de España.

En el año 1839, falleció Don Cipriano Portocarrero, ordenando en su testamento que su corazón fuese trasladado a la Iglesia Colegiata de Peñaranda de Duero, de la cual era patrono. Y así se hizo, quedando sepultado en la nave del presbiterio del altar mayor, en el lado del evangelio, según reza la lápida de jaspe que, grabado con letras de oro, dice así:

«Detras de esta lápida está el corazón del Excmo. Sr.

Don Cipriano Portocarrero y Palafox, Conde de Montijo y de Miranda, Duque de Peñaranda & . & . Cuatro veces grande de España de 1.º Clase, patrono de esta insigne Ig^a. Colegial, falleció en 15 de Marzo de 1839: R. I. P.»

Ciento veintisiete años han transcurrido desde que se llevó a cabo este sepelio, sepultura que por muchos años fue alumbrada con «lamparilla perpetua».

Las múltiples vicisitudes y continuos trasiegos que dieron margen los trastornos políticos y sociales del pasado siglo, dejaron su huella destructora en Iglesias y Monasterios, poniendo en entredicho la existencia de tan curioso enterramiento; y ante esta duda, buscando fuentes con que ilustrar la rancia historia de Peñaranda de Duero, en cuyo magnífico palacio señorial pasearon su nobleza los condes de Montijo, previos los requisitos correspondientes, se procedió a la apertura de la lápida sepulcral, encontrando, efectivamente, el corazón de tan ilustre prócer perfectamente conservado en caja cilíndrica de plomo, embalsamado con sustancias antisépticas que lo mantienen fresco, sin haber experimentado, en el transcurso de más de un siglo, la menor alteración.

Don Cipriano Portocarrero, murió cuando su hija Eugenia cumplía los 13 años; coronada después con la realeza de Emperatriz de Francia; joven, bellísima, en la que ya brillaban las luces naturales de claro entendimiento puesto al servicio de la regencia francesa en las ausencias de su esposo el tercer Napoleón. El corazón de su padre no sintió estas hondas emociones, pero sí preparó el camino de su hija con una educación esmeradísima, inculcando en su mente risueña y juvenil los principios cristianos de amor y caridad hacia el pobre y desvalido, que hicieron de aquella reina una madre amantísima, captándose el respeto y simpatía de los que a un principio la despreciaron al ver pasear su majeza andaluza por las Tullerías y Fontainebleau. No en vano encerraba aquella figura atrayente un alma de mujer española que puso un timbre más de gloria en la nobleza de la Casa de Montijo.

PASCUAL DOMINGO JIMENO